

Veinte años de literatura chilena

FILEBO

La insularidad del país trabaja siempre en desmedro de la literatura chilena. Hay nombres, sin embargo; hay individuos: Neruda, Gabriela Mistral, Huidobro, De Rokha, Manuel Rojas, Parra, Droguett, Anguita, Serrano, Lafourcade, Braulio Arenas. Pero hay más. Están las generaciones. Están las decenas de muertos que nutrieron e ilustraron épocas. Muchos, casi desconocidos hoy; apenas leídos por los escritores actuales. Rescatarlos semeja a veces una inmensa operación arqueológica. Habitamos un museo imaginario.

En 1950 no sólo acabó la primera mitad del siglo XX. Para nosotros perclitaron los usos del realismo del siglo XIX. Por fin se nos concedía libertad bajo palabra. Nuestra literatura iniciaba el desentierro del hombre urbano. ¡El hombre existel, pareció ser el grito de insurgencia de la Generación de 1950, a cuya cabeza mostrábanse Enrique Lafourcade (*Pena de Muerte*), Claudio Giaconi (*La Difícil Juventud*), José Donoso (*Coronación*), Jorge Edwards (*El Patio*), Enrique Lihn (*Agua de Arroz*), Margarita Aguirre (*Cuadernos de una Muchacha Muda*), María Elena Gertner (*Islas en la Ciudad*). Pero, más que el hombre, atraía la literatura. El hombre era el sujeto, no el objeto. El objeto era la literatura. Había que elaborar un lenguaje.

Al revés de la Generación de 1938, brotada con el signo de un agudo despertar social, la de 1950 no requirió experiencias del pasado inmediato. Iconoclasta, irreverente, casi autárquica, dijo bastarse a sí misma. Empezó por abolir las tradiciones del amor a lo autóctono y la veneración de los padres. Típica expresión del mundo escindido de 1950, afectada por la esquizofrenia histórica del universo moderno, planetarizó sus aspiraciones mucho antes de la aparición de los profetas del nuevo ecumenismo. Sus horizontes se fijaron en cualquier parte. Sólo una necesidad la asistía: ser, vivir. Pero no ser ni vivir "para" la literatura, sino "desde" la literatura. Transcurridos veinte y más años, el museo imaginario exhibe secciones nuevas. Los antiguos dialogan con los actuales. Del 50 no quedan actitudes ni gestos; quedan nombres y obras en ejecución permanente. Lafourcade, Donoso, Lihn, Edwards, dentro y fuera de Chile, ahondan la experiencia de 1970.

Supérstites de 1938, hacia los años 50 alcanzarán pleno vigor expresivo poetas como Nicanor Parra (*Poemas y Antipoemas*), Gonzalo Rojas (*Miseria del Hombre*), Braulio Arenas (*Poemas*). A decir verdad, uno es padre de la antipoesía continental; los otros, adelantados maestros del surrealismo en Chile. En gran medida, los tres comparten el espíritu redescubridor encarnado en quienes fueron jóvenes el 50. En los tres, la amnesia ante la tradición. En los tres, la obsesión del lenguaje como péndulo de la existencia. En los tres, la garantía de un mundo abierto a todas las metamorfosis del hombre.

Peña de Muerte es la primera novela de Enrique Lafourcade; *Palomita Blanca*, la más reciente. Entremedio, una retahíla de asuntos diversos. Para el novelista no hay límites de espacio ni de tiempo. Toda la tierra humana es su suelo. Camina por encima y por debajo de ella. Cuando lo hace por encima, echa mano de la crónica periodística y en lenguaje popular trasunta el *elan* erótico de la "infancia terrible" hoy presente. Como Cocteau, como Nabokov, cronista de las libertades con que engaña sus pudores la especie humana. Cuando camina bajo la tierra, el esperpento, el carnaval surrealista, el delirio que hace reír en las páginas de *La Fiesta del Rey Acab* y de *Frecuencia Modulada*.

Coronación es la primera novela de José Donoso; *El Obsceno Pájaro de la Noche*, la más reciente. Entre una y otra, cierta línea oblicua. “La Manuela”, personaje de la novela intermedia *El Lugar sin límites*, constituye cifra de los espejos deformantes que van modelando el camino de José Donoso. También en él lo esperpéntico (¡Valle Inclán hace estragos en esta literatura! Sí, Ramón Sender). También en él la partenogénesis del humor negro, o mejor, del “hamor negro”. Sobre este particular, puede afirmarse que *El Obsceno Pájaro de la Noche* representa el mayor monstruo novelístico de la Generación del 50. Después de sus pesadillas y lobregueces, caemos en la cuenta de que nuestro espacio no es sólo luz austral. También es la noche de los tiempos. Oscura y cerrada.

“¿Dónde están nuestros Melfi, nuestros Latcham?”, se pregunta a menudo, angustiado, y en público, lo que revela doble angustia, un notorio epígono de la Generación del 50. ¿Dónde están nuestros Melfi? ¿Dónde nuestros Latcham? La referencia tiene que ver con Domingo Melfi y Ricardo Latcham, dos de los más destacados críticos chilenos de la primera mitad del siglo XX. Ambos muertos. Ilustran el museo imaginario. Penan. Y hacen penar. Su ausencia es tangible. Tiene fondo. No obstante sobrevivir aún Alone, Hernán Díaz Arrieta, para muchos el mejor entre todos. Para otros, excelente escritor, no tan buen crítico. En fin. Cobra significado deslizar la mirada por el desgarramiento del grito: “¿Dónde están nuestros Melfi, nuestros Latcham?”. Salta a la vista el malestar de toda una generación. ¿Por qué ha carecido de la compañía de aparato crítico? ¿Cómo explicarse el fenómeno no descrito anteriormente en las crónicas de la literatura chilena?

En verdad, los grandes críticos de este país pertenecen a la primera mitad del siglo XX. La segunda casi no los da. Sólo ofrece profesores. Otra cosa. Y ello no por falta de temple. ¿Por falta de qué, entonces? Por falta de ganas. No hay *ganás* (palabra que conturbó a Keyserling) con respecto a la profesión del crítico. Profesión maltratada, sometida a violenta crítica por los propios escritores en las postrimerías de la primera media centuria, tenía un destino: entrar en déficit. “No son creadores”, se argumentaba. “Son los parásitos de la literatura”, se sostenía. Raúl Silva

Castro, paradigma del crítico honesto y vapuleado de esta época, murió bajo el estigma de carecer de alma, de ignorar las flores de la poesía. Sin embargo, pocos más íntegros, más cabales, más aplomados en su menester, más desatentos inclusive con las fuentes de su propia potencia creadora. ¿Comprendido? Se le creía erudito, frío, rígido, encuadrado. Era tierno, humano, afable, generoso. Vivió para los demás. Los demás ni siquiera supieron que lo mató el corazón.

¿Ser crítico? No hay *gana*. Los escritores prefieren embarcarse en la aventura de su persona, en la peculiaridad de sus temores y temblores. Crear, a la larga, es menos ingrato que juzgar. Que juzguen otros. Yo sólo me juzgo a mí mismo. ¿Solipsistas? Tal vez. No hay necesidad de críticos. Todos somos críticos. Nuestra obra es toda una función crítica. Valora su propio peso. Su peso es su valor. ¡Fuera los críticos de profesión!

Angustiado epígono del 50, terminó la edad de los críticos profesionales. Ahora reina Palinuro. Me refiero al Palinuro inglés: Cyril Connolly. El carácter de nuestra tumba: la inquietud.

Pues bien, se trata de la Edad del Fuego. Fuego y violencia por doquier. El fuego nos trae a fines de 1971 un aparecido de los años 38: Eduardo Anguita. *Poesía Entera* reúne lo mejor de una producción desplegada en más de treinta años de secreto esplendor. Íntimo esplendor. Este es el hombre que ha escrito: "Soy fino como el Papa orando en su capilla privada". Fino, papal, privado, en actitud de oración, profundo, antipoeta, mago, artífice, hacedor, desfacedor, huidobriano, misterioso. Anguita implica el desocultamiento de una época. Su poesía surge del fuego. Llega al cielo.

¿Y qué hacer con Carlos Droguett? Su estrella amaneció en los años 38. Estrella fría, lejana, titilante en la inmensidad. Con los rigores del tiempo, con las adversidades, con los sinsabores y, sobre todo, con la perpetuación antihistórica del llamado "color local", su nombre no sonaba, o confundía, o no alcanzaba. ¿Quién? Se convertiría en un rayo: en el rayo que no cesa. Caería sobre nuestras testas. Llegaría como una espada a decapitarnos. Hijo de las furias del cielo, arcángel armado, descubría al hom-

bre durmiente bajo los guarapones y bohíos de América Latina. Novelista. Prosista torrencial. Implacable. Impiadoso. Pío, sin embargo. Cristiano con el fuego en la diestra. Escribiendo sin parar. Recorriendo su patria, Chile, hombre adentro. Sacando a luz las estrellas frías y las estrellas calientes de las constelaciones interiores. Hablando el lenguaje con que los hombres se dirigen en privado a los árboles, a la tierra, a los animales. Explosión de estos años.

¿Qué literatura es la nuestra al cabo de veinte años? ¿Buena? ¿Desconocida? ¿Medioocre? No lo sé. Tú no lo sabes. El no lo sabe. Nadie lo sabe. Sólo sabemos que vivimos enclaustrados entre el Ande y el Mar. Sólo sabemos que aquí hay nombres que de pronto rompen la clausura y que vuelan por el mundo como los vilanos de Pablo Neruda o de la Mistral. Nada más. Escritores que escriben, que lloran, que cantan, que mueren. Escritores que ignoran que son inmortales.

Así es Chile. Tierra silenciosa e incomunicada. Con escritores que sueñan en vuelos imaginarios entre el Ande y el Mar.

